

Tendencias recientes en la historia social británica

Frances Lannon

El interés por la historia social llegó con retraso a los historiadores británicos. Aunque Marc Bloch y Lucien Febvre fundaron la revista *Annales d'histoire économique et sociale* en Francia en 1929, su equivalente británico más cercano, *Past and Present*, apareció mucho más tarde, en 1952. Además, la mayoría de los historiadores británicos consideran que fue durante la década de 1960, más que en la de 1950, cuando la historia social comenzó realmente a ocupar su puesto, junto con la historia política, en el estudio del pasado británico. Quienes han examinado el desarrollo de la historia social británica se refiere casi siempre a tres testimonios de su aparición de forma segura y definitiva en el escenario público y el debate académico.

El primero de esos testimonios fue la fundación del Grupo de Cambridge para el Estudio de la Población, con su ambicioso proyecto -ya concluido- de reconstruir la historia de la población de Inglaterra y Gales durante los trescientos cuarenta años que van desde 1541 a 1871. El segundo fue una obra fundamental de esta nueva especialidad, el libro de Peter Laslett *EL mundo que hemos perdido*, publicado en 1965. El tercero tiene un carácter muy diferente: se trata de una especie de manifiesto metodológico escrito por Keith Thomas, y que apareció en 1966 en un número especial del *Times Litera'Y Supplement*. Todo el número estaba dedicado a «Las nuevas orientaciones en la Historia», pero es el artículo de Keith Thomas, «The tools and the job», el que se recuerda. Era a la vez un llamamiento a favor de un nuevo tipo de historia social y una introduc-

ción a los métodos adecuados para realizarla, a través de la importación del vocabulario, los conceptos y los métodos de las ciencias sociales, incluyendo el análisis estadístico. La antropología social, la sociología, la demografía y la historia económica eran las disciplinas que debían ser estudiadas y utilizadas como instrumentos para investigar la sociedad del pasado.

En nuestros días podemos, por consiguiente, examinar el trabajo de toda una generación de autores conscientes de que estaban escribiendo una versión moderna de la historia social de Gran Bretaña. Desde mediados de la década de 1960, nuestro conocimiento de la sociedad del pasado se ha visto transformado en un gran número de campos por la nueva información y los nuevos métodos. La estructura familiar, las culturas locales y regionales, la salud y la enfermedad, la escolarización, el ocio, las relaciones sociales, los roles desempeñados en función del género, y las actitudes ante la religión, la autoridad, el cambio social o el mundo natural: todas estas cuestiones han sido objeto de investigación, gracias a una impresionante, pero a veces también algo desconcertante, colección de estudios de muy diferentes tipos. Saber que durante veinticinco o treinta años se ha recogido una cosecha abundante en un terreno cada vez más amplio, con algunos momentos cruciales claramente identificables, es probablemente una de las razones principales que explican el actual interés de los historiadores tanto por la síntesis como por la evaluación crítica. Es el momento de almacenar, de juntar lo aprendido, y de reconsiderar de nuevo lo que hay que hacer en el futuro.

No cabe duda de que la más ambiciosa obra de síntesis reciente es *The Cambridge Social History of Britain*¹. Los tres volúmenes, dirigidos por F. M. L. Thompson, reúnen textos de más de veinte historiadores, cada uno de los cuales trata de resumir en un capítulo los descubrimientos y debates especializados de mayor importancia sobre la cuestión de la que se ocupan. El mismo Thompson llama la atención en su prólogo sobre la cronología y el alcance de la transformación de la historia social británica. A su juicio, la historia social es

un territorio cuyos contornos han cambiado durante la última generación hasta resultar irreconocibles, un tema que rebosa de vitalidad gracias a una mul-

¹ THOMPSON, F. M. L., *The Cambridge Social History of Britain (1750-1950)*, Cambridge University Press, 1990 (ed. en paperback, 1993).

titud de monografías y artículos de revistas, una disciplina joven que carece del marco de una ortodoxia convencional o de una interpretación recibida, dentro de la cual o contra la cual puedan producirse nuevos puntos de partida o rebeliones abiertas.

Pero ¿qué se debe añadir a ello, y hacia dónde caminar? Tales son las preguntas que inevitablemente dominan las nuevas síntesis y las nuevas críticas.

La organización de los volúmenes dirigidos por Thompson es ilustrativa. En primer lugar, el análisis temático ha desplazado a la división cronológica como armazón fundamental, hasta el punto de que cada capítulo de cada uno de los volúmenes se refiere a todo el período de dos siglos al que está dedicada la obra. No se puede buscar un ejemplo más llamativo y completo del marco temporal característico de muchos textos de historia social, en los que la unidad temporal habitual corresponde a la vida de varias generaciones (tanto si los capítulos se refieren al mundo rural, a la cultura popular, a la vida cotidiana, al delito y la acción policial, o a cualquier otro de los temas analizados).

La segunda decisión fundamental que Thompson tenía que adoptar se refería a la relación entre cada capítulo y el conjunto de la obra. Eligió dedicar cada volumen a una cuestión general, indicada en los títulos respectivos: 1. *Regions and communities*. 2. *People and their environment*. 3. *Social agencies and institutions*. Tanto las corrientes establecidas como las nuevas tendencias de la historia social se hacen visibles en esta distribución.

Puede señalarse que en la historia social británica -como en la francesa, la española, la alemana o cualquier otra- los estudios locales o regionales han sido absolutamente fundamentales para nuestra comprensión en detalle del desarrollo de las sociedades del pasado. Por eso, el primer volumen de la *Cambridge Social History* incluye capítulos sobre Escocia, Gales, el Noreste y el Noroeste, así como sobre Londres y la zona en torno a la capital inglesa; de la misma forma que una obra colectiva equivalente sobre la historia social de España incluiría capítulos sobre Cataluña, el País Vasco y Galicia, además de Madrid. Pero el problema habitual en estos casos es, por supuesto, lo que queda excluido. Si se estudia Escocia y Gales, ¿por qué no Irlanda?; si aparecen el Noreste y el Noroeste de Inglaterra, ¿por qué no Devon y Cornwall o Yorkshire? De la misma forma que, si aparecieran el País Vasco y Cataluña, se podría preguntar: ¿por

qué no Andalucía?; y si se estudiara a Galicia, ¿por qué no a Extremadura, Aragón o Cantabria? Una de las ambiciones definitorias de la historia social ha consistido en ser una historia total, la historia de toda la sociedad en todas sus diferentes manifestaciones, la historia global del pasado, en contraste con los objetivos más concretos de la historia política, militar o eclesiástica. Pero si la historia total significa la historia de todas las regiones, y dentro de ellas la de todas las localidades, con todas sus particularidades, ¿cómo puede excluirse la historia de cualquier región o localidad? Ahora bien, si hay que incluirlas a todas, ¿cómo se puede recoger de forma coherente la historia social de cualquier Estado moderno dentro de los límites de una obra coherente, por muchos volúmenes de que conste?

La solución a este problema, en el primer volumen del libro que comentamos, consiste en la incorporación de dos capítulos iniciales notablemente diferentes al resto, dedicados uno al mundo urbano y el otro al mundo rural, y en los que utilizan categorías aplicables a todo el conjunto de Gran Bretaña. Es una útil solución, pero no cierra el debate. Antes al contrario, obliga a plantear la cuestión de si se han utilizado zonas concretas como casos a estudiar, y si es así, de cuál ha sido la razón de la elección. ¿Se trata de ejemplos dentro de una variedad indefinida y por ello han podido ser elegidos al azar? ¿O se entiende que de alguna manera resultan representativos, en cuyo caso habría que preguntar por qué, y en qué medida? Este es el fondo del dilema en que se encuentra la historia social: o bien es una historia total, capaz de incluir toda la realidad dentro de un esquema interpretativo, o bien, en el extremo contrario, es la historia de las diferencias irreductibles y los detalles idiosincrásicos que no se pueden incluir en un esquema común satisfactorio.

Mientras este dilema no resuelto, y quizás insoluble, es un rasgo constante de la historia social, el tercer volumen de la *Cambridge Social History* se dirige por un camino nuevo que trata de responder a otro conjunto de críticas reiteradas. El volumen («Social agencies and institutions») examina al gobierno tanto como a los gobernados. El capítulo referido al delito, por ejemplo, analiza también la otra cara del fenómeno estudiando las formas de mantenimiento del orden. El poder y la autoridad aparecen al lado del comportamiento de quienes la rechazan y rompen sus códigos. En el mismo sentido, hay capítulos dedicados no sólo al cambio en la percepción popular de lo que es y lo que debería ser el gobierno, sino también a cómo el go-

bierno y sus instrumentos configuraron la sociedad británica. Durante muchos años ha existido una fuerte corriente crítica en la historiografía británica --en especial entre historiadores más cercanos a las ideologías de izquierda que a las de derecha--, contraria a un tipo de historial social que, a los ojos de sus críticos, prescindía de la política, a una historia desde abajo que ignoraba la existencia de las instituciones políticas y del poder político. El ejemplo más famoso y devastador de esta crítica fue el artículo de Tony Judt, «A clown in regal purple»². En el tercer volumen de la obra que comentamos se puede descubrir de inmediato la conciencia de esta posible limitación, y la decisión de evitarla examinando juntos a la sociedad y al Estado, y poniendo de manifiesto la complejidad de sus múltiples interacciones.

Otra característica digna de mención de este tercer volumen es la incorporación de estudios sobre las asociaciones voluntarias, no gubernamentales, que han sido consideradas con tanta frecuencia un rasgo especialmente rico y llamativo de la sociedad británica, tanto de la actual como de la pasada. La sociedad británica no resultaría reconocible sin la extraordinaria variedad de asociaciones -filantrópicas, deportivas, de ayuda mutua, para la realización de campañas- que han dejado tantas huellas en su evolución. Entre las organizaciones gubernamentales y las asociaciones voluntarias existe también, y este volumen lo recoge, un nivel intermedio de organizaciones que tienen que ver en parte con aquéllas y en parte con éstas: como las iniciativas cívicas y eclesiásticas en terrenos como la salud y la educación, que se oponen a las regulaciones gubernamentales, intentan adueñarse del poder o se organizan para apoyar al gobierno. Los capítulos incluidos en este volumen ponen de relieve con frecuencia la utilidad de este enfoque nuevo e interesante en la historia social británica: mientras se solía considerar hasta ahora que el gobierno ha ido desplazando progresivamente a la acción voluntaria, en la medida en que el Estado moderno ha extendido de forma inexorable el ámbito de sus competencias y su ambición, en estos momentos existe una conciencia creciente de la importancia y continuidad de las asociaciones voluntarias. No es del todo sorprendente que los historiadores que han realizado su trabajo en la Inglaterra de la señora That-

² JUDT, TONY, «A down in regal purple: social history and the historian», *History Workshop*, núm. 7, 1979.

cher hayan adquirido una aguda conciencia de los límites y las inadecuaciones de la actuación del Estado, tanto en nuestros días como en el pasado, y que por ello insistan en lo engañosa que resulta esa concepción lineal del desplazamiento progresivo por el Estado de la acción voluntaria.

El volumen intermedio («People and their environment») se apoya, en un grado muy superior a los otros dos, en métodos sofisticados de análisis estadístico para explicar el cambio demográfico, la familia, el trabajo, la comida y la bebida, la cultura y el ocio. Alguno de estos temas será examinado más adelante en el presente artículo. Como en los otros volúmenes, cada capítulo tiene carácter independiente; en este caso el lector echa en falta, aún más que en los otros tomos, una visión general que pusiera en relación las distintas contribuciones. Sólo existe una Presentación Editorial breve (cinco páginas) y descriptiva que se refiere a los tres tomos. El profesor Thompson no explica cómo anudar los distintos hilos, ni señala el interés o la utilidad para futuras investigaciones de los distintos temas o métodos. Lo que resulta un extraño rasgo de timidez en un proyecto de tanta envergadura. Se ha omitido también cualquier explicación sobre la selección de los temas tratados en la obra. El lector puede sorprenderse ante la ausencia, por ejemplo, de un capítulo que trate de forma específica de la historia de las mujeres o las relaciones de género. Quizá la conclusión general que se extrae de esta obra es que es tal la proliferación y la amplitud de la historia social en Gran Bretaña que resulta extremadamente difícil considerarla como un conjunto. Tendría gracia que un resultado de la exhuberancia y variedad de la investigación reciente en este terreno fuera que nos quedásemos con una visión fragmentada, compartimentalizada, de la forma en que nuestros antepasados vivieron el pasado.

Es difícil encontrar un mayor contraste que el que existe entre esta empresa de grandes dimensiones y muchos autores y el sucinto análisis de la sociedad británica entre 1870 y 1914 ofrecido por Iose Harris en su libro *Private Lives, public spirit*³. Se trata de una elegante visión sintética, aunque completada con ejemplos concretos en cada cuestión, procedentes habitualmente de fuentes primarias y a

³ HARRIS, I., *Private Lives, public spirit. A social history of Britain, 1870-1914*, Oxford University Press, 1993.

los que da vida la aguda percepción de los rasgos particulares e idiosincrásicos que posee la autora. No se trata, de todas formas, de una introducción a la historia social del período, en la medida en que los lectores necesitan conocer la última fase de la era victoriana y el período eduardiano para entender las alusiones de la profesora Harris y seguir con comodidad el texto. Como sugiere su título, el libro está dedicado a la multitud de vidas y experiencias separadas que de alguna manera constituyen la «sociedad», así como a la inagotable red de asociaciones que integran a la gente no en un cuerpo social orgánico, pero sí ciertamente en la vida civil y pública.

Jose Harris cita un estudio francés, publicado en 1870, que calculaba que la mayoría de los adultos británicos pertenecían al mismo tiempo a cinco a seis asociaciones voluntarias: «sindicatos, sociedades de amistad, sociedades literarias, científicas o filosóficas, clubs de ahorro, cooperativas, y otras innumerables asociaciones, grandes o pequeñas, creadas para alcanzar una multitud de objetivos» (p. 220). Al igual que esta fuente francesa, y como otros muchos observadores e historiadores, la autora llama la atención sobre el contraste entre este rasgo del comportamiento británico y la situación de otras sociedades europeas, en las que los espacios intermedios entre el Estado y los particulares estaban mucho más vacíos. Una preocupación de esta obra, como de otras investigaciones actuales sobre la historia social tanto en Gran Bretaña como fuera de ella, se refiere a los límites. ¿Dónde acaba la esfera pública y comienza la privada? ¿Dónde se juntan el nivel estatal y el civil? ¿Cómo se unieron las cuatro culturas nacionales de los ingleses, los irlandeses, los escoceses y los galeses para producir una cultura británica, si es que de hecho se produjo esa fusión? ¿Cómo se relacionan las identidades religiosas con las de clase, o las de género, de ocupación o localidad? En su conclusión, la profesora Harris reconoce que «el problema de las fronteras -culturales, geográficas e institucionales- ha quedado en gran medida sin resolver»; pero señala también que puede que no tenga solución. La cuestión de las fronteras ha cobrado en los últimos años una gran importancia tanto para los historiadores de la sociedad y la cultura como para los historiadores políticos británicos; buena prueba de ello es la elección de este tema en una reciente conferencia organizada por *Past and Present*. Con mucha frecuencia, lo mismo que en este libro, no se pone el acento en una demarcación rígida y excluyente, sino en la permeabilidad y la mutabilidad de las fronteras

sociales, así como en las múltiples vías de intersección. Al tiempo que insiste en lo relativas y cambiantes que resultan las características de la formación social y las relaciones sociales, este libro –de forma llamativa– no cuenta con tablas estadísticas ni gráficos de ningún tipo, ni siquiera en la sección dedicada a la demografía. Tras el notable desarrollo de las técnicas de cuantificación durante los últimos veinte años, quizá se trata de señalar ahora que la precisión aparente de las estadísticas debe dejar paso a la más personal y más matizada imprecisión consciente de las palabras y los ejemplos particulares. Los historiadores de la sociedad británica han aprendido los métodos y conceptos de las ciencias sociales, pero a menudo los han encontrado deficientes. Al comentar en su prólogo las tendencias de la última década, la profesora Harris escribe:

Hace diez años, muchos historiadores estaban influidos todavía por la visión de la historia social como «historia total», como una disciplina que aspiraba a ubicar, explicar y encapsular la realidad objetiva, estructurada y ajustada a un modelo. Diez años después, las percepciones del pasado se han vuelto mucho más matizadas, idiosincrásicas, privadas y relativistas. Los textos, los artefactos y el lenguaje han sustituido a las instituciones, los movimientos y las fuerzas sociales en el papel central de la historia social.

La concepción de la autora se sitúa en una posición intermedia entre la confianza de la primera concepción, según la cual el pasado puede ser reconstruido y comprendido, y la convicción de los historiadores influidos por el posmodernismo de que el pasado es diverso y elusivo, y se sitúa más allá de cualquier comprensión. Desde esta perspectiva, la autora recoge muy bien el recorrido intelectual de la última década.

La obra editada por Adrian Wilson pone de manifiesto un objetivo más valorativo que la *Cambridge Social History* o el libro ya comentado de Iose Harris. Se ve de inmediato en su título, *Rethinking social history* 4. El editor tiene en la cabeza todo el recorrido de los escritos modernos sobre historia social. Y comienza su libro con la siguiente observación, que define sus intenciones:

† WILSON, ADRIAN (ed.), *Rethinking Social History. English Society 1.570-1920 and its interpretation*, Manchester University Press, 1993.

Tendencias recientes en la historia social británica

La historia social inglesa se ha consolidado durante un cuarto de siglo aproximadamente como un sector fundamental de la disciplina histórica. Los ensayos recogidos en este libro tratan de reflejar sus logros y de reflexionar sobre ellos; es decir, de captar tanto la fuerza como las debilidades de lo que ya es un campo notablemente amplio.

Sin embargo, el libro -como el mismo editor reconoce de inmediato-- se concentra sobre todo en el siglo XVIII y deja de lado la historia económica y muchos otros aspectos de la sociedad del pasado. Aparte de que se limita a la historia inglesa, dejando fuera de manera deliberada la historia de Escocia, Gales e Irlanda. Con ello se sitúa a contrapelo de la tendencia actual a analizar la historia de Gran Bretaña, y no sólo de Inglaterra, y, por tanto, a investigar la construcción histórica de una sociedad nacional y una cultura nacional específicamente británicas.

Los lectores españoles se sentirán probablemente interesados por dos capítulos de este libro, en la medida en que plantean cuestiones fundamentales para la historia social del siglo XVIII inglés. Uno es la contribución de Joanna Innes y John Styles sobre el delito y la justicia penal, un campo que sigue produciendo nuevas ideas. Innes y Styles revisan el desarrollo de la historia de las acciones ilegales, la elaboración de las leyes y la imposición de las mismas en el siglo XVIII, así como la obra creativa e interdisciplinar de los sociólogos históricos, los criminólogos y los historiadores del Derecho, la sociedad y la política. Los autores llaman la atención hacia la forma en que la *historia desde abajo* --orientada hacia la ruptura de la ley y la apelación a la ley para la protección de personas y propiedades- ha provocado la aparición de una *historia desde arriba*, dirigida a las instituciones que elaboran la ley, obligan a su cumplimiento y castigan a los infractores. Al igual que en el tercer volumen de la *Cambridge Social History* («Social Agencies and Institutions»), también con esta obra el lector adquiere un sentido muy preciso de la importancia de unir estas dos perspectivas para comprender la interacción entre el pueblo y las instituciones. Innes y Styles concluyen su capítulo con algunas observaciones pertinentes en torno a la forma en que ambos polos han sido enfrentados con demasiada rapidez, y también con algunas sugerencias sobre cómo superar la polarización; en especial, a partir del reconocimiento de que las propias instituciones -que incluyen tanto a los humildes consejos parroquiales, en el nivel inferior, como a los parlamentos en el superior- se encontraban inter-

gradas en la red de relaciones sociales y gestionadas por un amplio conjunto de individuos, la mayoría de los cuales no procedían en absoluto de la reducida élite situada en el nivel social más alto.

El otro capítulo que se ocupa de un debate fundamental, y en este caso bien reñido, es el de Patrick Curry, «Towards a post-Marxist social history: Thompson, Clark and Beyond». Como indica el propio título, Curry trata de dar luz sobre el estado actual del debate en torno al cambio social en el siglo XVIII inglés. Examina por ello el ataque frontal de Clark a la historiografía *Whig* y al *establishment* historiográfico marxista -incluyendo a E. P. Thompson y a *History Workshop-*, y su deseo de expulsar del siglo XVIII la teleología constitucional y la revolución burguesa, sustituyéndolas por la deferencia, la religión y el *ancien regime*. Curry presenta una valoración matizada de los estudios controvertidos de Clark, *English Society 1642-1832* (1985) y *Revolution and Rebellion* (1986), al tiempo que considera que el camino a seguir no debe apoyarse sólo en los autores marxistas ni en sus críticos de la nueva derecha, de los que Clark representa el ejemplo más destacado. En lugar de ello, Curry insiste en la necesidad de una cierta pluriformidad histórica en los estudios futuros sobre los diferentes grupos sociales y culturales que unidos forman la «sociedad», y sobre las múltiples construcciones sociales del poder, y sus limitaciones, en las sociedades del pasado. Desea que la historia social no esté sometida a la tiranía de un solo concepto dominante, sea éste la clase, la nación o el desarrollo económico. A esta pluriformidad la considera una historia nueva y democrática, relacionada con la nueva realidad social «fragmentada y desarraigada, no teorizada ni reconocida» (pp. 188-189) que se puede ver en las calles de la Gran Bretaña del período posterior a Thatcher.

No está claro cómo se puede relacionar esta visión con la predicción de Adrian Wilson -al final del último capítulo, más bien oscuro, dedicado a la metodología histórica- sobre el surgimiento de una historiografía integradora y «totalizadora» (p. 324). El libro, con su combinación un tanto extraña de ensayos, nos deja de nuevo un tanto a la deriva entre la ilusión de una historia total y el reconocimiento de su inevitable fragmentación.

De todos los sectores de la historia social británica, ninguno ha progresado más que la historia de la familia. Desde el punto de vista de la demografía, el Grupo de Cambridge para el estudio de la historia de la población ha emprendido un amplio análisis de la estruc-

tura de la población en Inglaterra y Gales desde el momento en el que aparecen informes adecuados para esta tarea, en la década de 1340, hasta los comienzos del período contemporáneo de documentación oficial masiva, en la década de 1870. Otros historiadores han estudiado las redes de parentesco, la composición y el funcionamiento económico de los hogares, y la vida afectiva y las relaciones en el seno de las familias. Las investigaciones han ido hacia atrás, en busca de las generaciones anteriores a la década de 1340, y hacia adelante hasta nuestros días. Se han analizado familias de todas las clases sociales, situadas en medios rurales y urbanos a lo largo de todo el país. Los documentos utilizados incluyen censos, registros parroquiales, documentos señoriales, testamentos, asignaciones de impuestos, contabilidades familiares, estadísticas de empleo, niveles salariales, sermones, cartas y diarios. Es evidente que en parte la atracción de la historia de la familia procede de su complejidad y variedad. Ofrece la posibilidad de situar a los individuos del pasado no sólo dentro de un contexto específico de lugar, parentesco y familia, sino también y al mismo tiempo en el seno de sus relaciones económicas, culturales y afectivas.

Es además uno de los campos en los que el trabajo profesional de los historiadores coincide en parte con el enorme entusiasmo y actividad de los aficionados. Miles de británicos se han visto últimamente implicados en la tarea de reconstruir la historia de su propia familia. *The Oxford Guide to Family History*, de David Hey, es una obra escrita para estos entusiastas⁵. Se trata de un libro bellamente editado, con muchas ilustraciones, destinado evidentemente a un público más amplio del que podrían alcanzar la mayoría de las historias académicas. Ofrece consejos sobre cómo investigar los apellidos familiares y los árboles genealógicos, y difunde entre sus lectores algunos de los recientes hallazgos de los historiadores profesionales de la familia. En este último aspecto, el profesor Hey efectúa una selección estricta, insistiendo en la obra de los demógrafos, genealogistas e historiadores locales, al tiempo que ignora por completo e incluso excluye de su bibliografía las investigaciones de Lawrence Stone sobre la historia íntima de las relaciones matrimoniales (quizá porque le parecieron demasiado especulativas, o demasiado alejadas de los

⁵ BEY, DAVID, *The Oxford Guide to Family History*, Oxford University Press, 1993.

objetivos de reconstrucción del pasado familiar de sus probables lectores). En todo caso, Hey llama la atención sobre dos aspectos cruciales que han convertido a la historia de la familia en un terreno lleno de satisfacciones tanto para los profesionales como para los aficionados británicos: en primer lugar, la extraordinaria riqueza de la documentación original que aún subsiste, y cuyas dimensiones no tienen probablemente rival en otros países; y en segundo lugar, la facilidad de acceder a ella, favorecida por iniciativas como la del grupo de Cambridge, que informatizó enormes cantidades de información, o la creación de una red nacional de archivos municipales.

La más firme conclusión que puede extraerse del trabajo de una generación sobre la familia británica se refiere a la continuidad durante un largo período de tiempo de algunos factores decisivos. Recientemente los ha resumido así Michael Anderson:

Al menos desde la época medieval, la mayoría de los hogares eran pequeños (por término medio, de menos de cinco miembros) y simples en cuanto a sus lazos de parentesco (habitualmente sólo el 10 por 100 incluía algún pariente del cabeza de familia, aparte de la familia «conyugal» inmediata formada por los padres y sus hijos). Durante varios siglos, hasta la década de 1960, la edad media a la que se casaban mujeres y hombres ha sido más bien tardía (en torno a los veintisiete años para los hombres, y veinticinco para las mujeres), y aproximadamente un 10 por 100 de los hombres y las mujeres no se casaron nunca⁶

Aparte de éstas, han existido también otras continuidades. Aproximadamente un tercio de los matrimonios celebrados en Gran Bretaña en 1980 durarán, de acuerdo con las tendencias actuales, menos de veinte años. La cifra correspondiente a los matrimonios contraídos hace ciento cincuenta años, en 1826, es prácticamente la misma. Por supuesto, las causas del fin del matrimonio son diferentes en las dos fechas: mientras los celebrados en la década de 1820 acababan con la muerte de uno de los contrayentes, el final de los de la década de 1980 se deberá en la inmensa mayoría de los casos al divorcio. Pero es interesante señalar que los cambios radicales de la mortalidad y la posibilidad de divorciarse han dado lugar a un porcentaje similar de matrimonios que duran menos de veinte años. En

⁶ ANDERSON, MICHAEL, «New Insights into the History of the Family in Britain», en *New Directions in Economic and Social History*, vol. 2.

esta perspectiva a largo plazo, la excepción se encuentra en la generación de las décadas de 1920 a 1940, período en el que la caída de la mortalidad no se había visto compensada todavía por la facilidad para obtener el divorcio.

Los medievalistas se han referido al predominio, en un período tan temprano como el siglo XIII, de las familias nucleares en vez de las extendidas, de la movilidad de la población rural en lugar de la existencia de fuertes lazos con la tierra de origen, de los lazos débiles de parentesco y de los matrimonios tardíos. La línea de continuidad que va del presente al pasado parece estirarse cada vez más hacia atrás con cada nueva investigación. No es probablemente una sorpresa que al menos algunos aspectos relativos a la fase inicial de esta continuidad empiecen a ser discutidos en nuestros días. La puesta en cuestión ha quedado reflejada en un artículo de Zvi Razi ⁷. Razi utiliza los documentos de un señorío llamado Halesowen, en el oeste de las Midlands, para demostrar que, al menos en Halesowen —y, por extensión, quizá también en las Midlands, en el centro-sur y en el norte de Inglaterra—, tuvo lugar un proceso significativo de cambio desde el siglo XIII hasta el XV. Este proceso incluyó la conversión continuada de la familia extensa en nuclear, que había empezado en fechas anteriores, así como un notable debilitamiento tanto de los lazos de parentesco como de la vinculación a la tierra; un cambio que se aceleró en gran medida como consecuencia del impacto desestabilizador, desde el punto de vista demográfico, de la peste negra. Sería interesante ver si otros medievalistas están de acuerdo con esta insistencia en el cambio, y no en la continuidad de la estructura de la familia y del hogar.

No hay duda, sin embargo, de que la continuidad es en estos momentos el tema dominante en las interpretaciones de muchos aspectos de la historia social y económica británica. Lo que resulta evidente de inmediato en los dos volúmenes de *New Directions in Economic and Social History* que han aparecido hasta ahora ⁸. Los ensayos allí recogidos confirman de nuevo algunas de las tendencias en historia social ya examinadas en este artículo: por ejemplo, la impor-

⁷ RAZI, ZVI, «The Myth of the Immutabl English Family», *Past and Present*, núm. 140, agosto de 1993.

⁸ *New Directions in Economic and Social History* (Londres, Macmillan). El vol. 1 ha sido editado por DIGBY y FEINSTEIN (1989), y el vol. 2 por DIGBY, FEINSTEIN Y JENKINS (1992).

tancia de la coexistencia de la ayuda voluntaria con la asistencia social estatal en Gran Bretaña durante el siglo XX⁹. En historia económica, el socavamiento de las interpretaciones anteriores, basadas en el cambio y la discontinuidad, es aún más espectacular. Como señalan los editores en su Introducción al volumen segundo:

Las valoraciones tienden a desplazarse desde el enfoque tradicional sobre las revoluciones del pasado hacia una interpretación más gradualista y matizada que insiste en la continuidad tanto como (o incluso más que) en el cambio.

Dejemos fuera «la discontinuidad y el progreso», sustituidos por «la continuidad y la relatividad» (p. 7). La revolución industrial, la revolución keynesiana, incluso la Gran Depresión de la década de 1930 aparecen relativizadas y contextualizadas de una forma que convierte a expresiones como «despegue industrial», «crisis» o la misma «revolución» en muy inapropiadas y equívocas. El primer capítulo del primer volumen abre el camino al poner en cuestión desde su mismo título («Agricultural Revolution? England 1540-1850») la idea tradicional de un cambio decisivo. Interrogantes similares pueden encontrarse también en algunas de las contribuciones al libro *The Industrial Revolution and British Society*, aunque el propio editor, Patrick O'Brian, refuta con vigor a los revisionistas en su capítulo introductorio, e insiste en la «causa de la discontinuidad»¹⁰.

Este amplísimo, aunque no universal, cambio de acento debe mucho, por supuesto, a la nueva información y los nuevos métodos. Pero también parece proceder del malestar y la insatisfacción con las interpretaciones anteriores que en nuestros días experimentan los historiadores de una generación influida por el colapso del marxismo y el penetrante relativismo de la cultura posmodernista. Incluso Lawrence Stone -que ha sido criticado muy a menudo por la más que entusiasta visión teleológica de sus estudios anteriores sobre las relaciones afectivas en el seno del matrimonio, y por su confianza extrema en la afirmación de que se produjo un cambio a lo largo del tiempo desde los matrimonios basados en el interés económico a los que se basan en el afecto-- parece contagiado por la enfermedad del re-

⁹ TANE, PAT: «The British Welfare State: Its Origins and Character», *New Directions...*, vol. 2.

¹⁰ O'BRIAN, PATRICK, y QUINNILL, RONALD (eds.), *The Industrial Revolution and British Society*, Cambridge University Press, 1993.

lativismo. En su estudio sobre el matrimonio en Inglaterra antes de la reforma de la legislación matrimonial en 1753 ¹¹ señala:

Si se considera al matrimonio en el terreno social más que en el legal, se trata de un proceso complejo y a menudo prolongado, y no sólo de un único acontecimiento público y formalizado.

Además de que

como resultado de los clamorosos defectos de las leyes sobre el matrimonio, un muy amplio número de personas perfectamente respetables no podían estar del todo seguros, durante el siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII, de si estaban o no casados.

Tanto en este libro como en su obra *Road to divorce*, Stone emplea con asiduidad las fuentes legislativas y los documentos judiciales para ilustrar, en el primer caso, la normalización legal del matrimonio y, en el segundo, la aparición del divorcio como una manera accesible, y aceptada por la sociedad, de poner fin al mismo. Al final de *Road to divorce* revisa la «revolución del divorcio entre 1960 y 1987», uno de los cambios más radicales experimentados en cualquier momento en la vida social inglesa; pero reconoce también, como hizo Anderson en el artículo ya comentado, que

desde el punto de vista estadístico, el matrimonio simplemente ha vuelto en nuestros días a la pauta existente antes del agudo declive en la mortalidad adulta de fines del siglo XIX y comienzos del XX ¹².

Las continuidades, aunque de tipo muy distinto, se encuentran también en el centro del fascinante texto polémico de W. D. Rubinstein, *Capitalism, Culture and Decline in Britain* ¹³. Su blanco es una tesis muy famosa, asociada en particular con los nombres de Anthony Sampson (*Anatomy of Britain*, 1962), Corelli Barnett (*The Collapse of British Power*, 1972, y *The Audit of War*, 1987) y Martin A. Wier-

¹¹ STONE, LAWRENCE, *Uncertain Unions. Marriage in England 1660-1753*, Oxford University Press, 1993, pp. 3 y 12.

¹² STONE, LAWRENCE, *Road to divorce. England 1580-1987*, Oxford University Press, 1992, p. 410.

¹³ RUBINSTEIN, W. D., *Capitalism, Culture and Decline in Britain, 1750-1950*, Routledge and Kegan Paul, 1993.

ner (*English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 18.50-1980*, 1981). Cada uno de estos autores ha argumentado, aunque de diferentes maneras, que Gran Bretaña sufrió un declive económico radical en el siglo XX, y que este declive se debía en parte a factores sociales y culturales, como su anacrónica estructura de clases y la cultura contraria a los negocios de su élite reaccionaria. Si las clases medias hubieran dedicado más tiempo y empeño a la obtención de beneficios y la innovación -afirma esta argumentación- y menos a tratar de absorber los valores y el estilo de vida de la aristocracia terrateniente, en ese caso Gran Bretaña se habría manejado mejor en el mundo moderno del capitalismo competitivo.

Muchos críticos se han enfrentado hasta ahora con la obra de estos tres autores, tanto en el nivel de la metodología y las pruebas como en el de la interpretación. Pero Rubinstein va mucho más lejos. Afirma con energía que Gran Bretaña no ha experimentado ningún declive económico profundo que requiera una interpretación cultural o de otro tipo, y que por ello la crítica cultural está mal planteada de raíz. En su lugar, Rubinstein arguye que las medidas convencionales de crecimiento económico son engañosas, porque no toman suficientemente en cuenta la prolongada importancia -antes, durante y después de la revolución industrial- de los sectores comercial, financiero y de servicios en la economía británica. En otros términos, aunque haya disminuido la producción industrial, en especial en la industria pesada, en relación con otros países, la economía en su conjunto ha seguido funcionando bien y sosteniendo el crecimiento a largo plazo del nivel de vida. El resumen del autor es bien claro:

La concepción que se defiende en este texto es que Gran Bretaña *nunca* fue fundamentalmente una economía industrial y manufacturera; antes al contrario, fue *siempre*, incluso en los momentos culminantes de la revolución industrial, una economía basada sobre todo en el comercio, las finanzas y los servicios, cuya ventaja comparativa se encontró siempre en el comercio y las finanzas. El aparente declive industrial de Gran Bretaña fue simplemente una consecuencia de este proceso, que se hizo cada vez más visible a partir de 1890, aproximadamente, y que coincidió con toda claridad con un aumento continuado del nivel medio de vida en Gran Bretaña, más que con una caída del mismo (p. 24).

En tal interpretación, el mantenimiento de ciertos valores humanos, no competitivos, en la sociedad británica es sólo un indicador del éxi-

to de Gran Bretaña a la hora de combinar la racionalidad económica con la cultura humanística.

Estas ideas representan expresiones de aliento en la Gran Bretaña de la década de 1990, en la que el estado de ánimo nacional tiene más de tristeza y pesimismo que de confianza y autosatisfacción. Quizá pueden ampliarse estas actitudes alentadoras si consideramos, como conclusión de este trabajo, dos contribuciones recientes a la incipiente historia del deporte en la vida social británica. Derek Birley elige claramente un título lleno de confianza para su libro, *Sport and the making Of Britain*, en el que pasa revista a la actividad deportiva desde la Bretaña romana hasta fines del siglo XIX, la época en que los ingleses exportaban el deporte junto con el imperio por todo el mundo. Al autor no le caben dudas de que el balance es positivo: el deporte se encontraba «del lado de los ángeles», ejerció una influencia conservadora, e incluso «ayudó a evitar las revoluciones políticas que experimentaron otras naciones europeas» 14. ¿Debemos concluir de ello que, si el deporte hubiera desempeñado un papel más destacado en el siglo XVII del que de hecho ocupó, los ingleses no se habrían tomado la molestia de combatir en una guerra civil contra el rey Carlos I, y de acabar ejecutándolo? La interacción entre el deporte y los valores sociales parece requerir un análisis más sutil del que se encuentra en este libro.

Rogan Taylor está más interesado por los hinchas y los espectadores que por quienes practican actividades deportivas en el libro *Football and its Fans* 15. Se trata de un tema importante, tratado en esta obra de forma un tanto estrecha, enfocada en las organizaciones de hinchas deportivos. Pero como los historiadores sufren la influencia de 10 que ocurre en su propia sociedad, sería sorprendente que no viéramos el crecimiento a partir de ahora de la historia del deporte y el ocio, que representan fenómenos tan cruciales en la experiencia social de la Gran Bretaña moderna. De nuevo, y a pesar del enorme éxito del fútbol como espectáculo de masas durante los últimos cien años, parece que sería una equivocación insistir demasiado en un cambio espectacular. Las quejas en torno a que demasiadas personas se limitan a contemplar, mientras demasiado pocas participan, no son

¹⁴ BIRLEY, D., *Sport and the making Of Britain*, Manchester University Press, 1993, pp. 339-340.

¹⁵ TAYLOR, R., *Football and his Fans. Supporters and their relations with the game, 1885-1985*, Leicester University Press, 1993.

nuevas; desde **luego**, no son sólo una característica de la moderna sociedad de consumo. En el capítulo sobre el ocio y la cultura de la *Cambridge Social History* (vol. 2), Cunningham nos recuerda que en el período que va de 1750 a 1850 Gran Bretaña «era ya una sociedad de espectadores» (p. 310).

En la medida en que los historiadores se han apropiado de la investigación de los últimos treinta años sobre la historia social británica, el gradualismo y la coexistencia han **desplazado**, al menos durante algún tiempo, al cambio revolucionario y a las teleologías espectaculares, tanto en lo que se refiere a la economía como a las estructuras familiares, a la asistencia social o al disfrute del tiempo libre*.

* Traducción de MANUEL PÉREZ LEDE8MA.